

Mont-Saint-Michel... (*El orador se interrumpe.— Movimiento de atencion.*)

Y puesto que este nombre ha salido de mi boca, aprovecho la ocasion para anunciar al señor ministro del Interior que espero en breve dirigirle una interpelacion acerca de los hechos monstruosos que se han llevado á cabo en esa prision del Mont Saint-Michel. (*Murmillos.—En la izquierda: ¡Muy bien!—El orador prosigue.*) En nuestras prisiones de Francia, en Doullens, en Mont-Saint-Michel, si se comete un abuso, si se intenta una iniquidad, los periódicos se agitan, la Asamblea se conmueve y el grito del prisionero llega al Gobierno y al pueblo, repercutido por el doble eco de la prensa y la tribuna. Pero en vuestra ciudadela de las islas Marquesas el paciente se verá reducido á suspirar dolorosamente: «¡Ah! ¡Si el pueblo lo supiese!» (*¡Muy bien!*) Sí, allá, allá léjos, á esa espantosa distancia, en aquella soledad amurallada, á donde no llegará y de donde no saldrá ninguna voz humana, ¿á quién se quejará el miserable prisionero? ¿quién le oirá? Habrá entre su queja y vosotros el ruido de todas las olas del Océano. (*Profunda sensacion.*)

Señores, la sombra y el silencio de la muerte pesarán sobre aquella espantosa ergástula política.

¡Nada transpirará, nada de ella llegará á vosotros, nada!... Sólo de cuándo en cuándo, á intervalos, una lúgubre noticia, atravesando los mares, vendrá á herir á Francia y á Europa, cual fúnebre campana, cuyo tañido sonará vibrante y doloroso en la

opinion, y os dirá: ¡Tal condenado ha muerto! (*Agitacion.*)

Ese condenado será, puesto que en aquella suprema hora no se ve más que el mérito del hombre, será un publicista célebre, un historiador famoso, un escritor ilustre, un notable orador. Escuchareis ese siniestro ruido, calculareis los pocos meses que habrán transcurrido y os estremecereis. (*Movimiento prolongado.—En la izquierda: ¡Se reirán!*)

¡Ah! ¡Bien lo veis! ¡Es la pena de muerte! ¡La pena de muerte y la desesperacion! ¡Es algo peor que el cadalso! ¡Es la pena de muerte sin la última mirada al cielo de la pátria! (*Bravos repetidos en la izquierda.*)

¡Vosotros no lo querreis! ¡Desechareis la ley! (*Movimiento.*) Ese gran principio, la abolicion de la pena de muerte en materia política, ese generoso principio caido de la espléndida mano del pueblo no querreis ahora recogerlo. No querreis volverlo á tomar furtivamente de la Francia, que, léjos de esperar de vosotros su abolicion, espera su complemento. No querreis borrar ese decreto, honra de la revolucion de Febrero. No querreis dar un mentís á lo que era aún más que el grito de la conciencia popular, á lo que era el grito de la conciencia humana. (*Viva adhesion en la izquierda.—Murmillos en la derecha.*)

Ya sé, señores, que siempre que de la palabra conciencia deducimos todo lo que de ella debe deducirse, segun nosotros, tenemos la desgracia de

hacer reír á muchos grandes políticos. (En la derecha: ¡*Es verdad!*—En la izquierda: ¡*Conviene en ello!*) En el primer momento, esos grandes políticos no nos consideran incurables; se compadecen de nosotros, consienten en tratar esta enfermedad de que estamos atacados, la conciencia, y oponen á ella con bondad la razón de Estado. Si insistimos, ¡oh! entónces se incomodan, declaran que no entendemos de negocios, que no tenemos sentido político, que no somos hombres serios, y... ¿cómo diré yo? sí, esto es, nos dirigen una palabra dura, la mayor de las injurias que podrían encontrar: ¡nos llaman poetas! (*Risas.*)

Afirman que todo lo que nosotros creemos encontrar en nuestra conciencia, la fe en el progreso, la dulcificación de las leyes y las costumbres, la adopción de principios desprendidos de las revoluciones, el amor al pueblo, el consagrarse á la libertad, el fanatismo de la grandeza nacional, que todo eso, bueno en sí seguramente, conduce directamente en la aplicación á las decepciones y á las quimeras, y que sobre todas esas cosas es preciso amoldarse, según la ocasión y la coyuntura, á lo que la razón de Estado aconseja. ¡La razón de Estado! ¡Ah! Esa es la gran palabra; hace un momento la oía en medio de una interrupción.

Señores, examinemos la razón de Estado, recordemos todos los malos consejos que ha dado. Abro la Historia: veo en todas las épocas todas las bajezas, todas las indignidades, todas las torpezas, todas las vilezas, todas las crueldades que la razón de Estado

ha autorizado ó ha hecho. Lo mismo la invocaba Marat que Luis XI; hizo el dos de Setiembre después de haber hecho la Saint-Barthélemy; dejó su huella en las Cevennes y también en Sinamari; ella levantó las guillotinas de Robespierre y los patíbulos de Haynau. (*Movimiento.*) ¡Ah! Mi corazón se subleva. No, yo no quiero ni la política de la guillotina ni la política del patíbulo; ni Marat, ni Haynau, ni vuestra ley de deportación. (*Bravos prolongados.*) Y hágase lo que se quiera, suceda lo que suceda, siempre que de buscar una inspiración ó un consejo se trate, soy de aquellos que no dudarán nunca entre esa virgen que se llama la conciencia, y esa prostituta que se llama la razón de Estado. (*Inmensa aclamación en la izquierda.*)

Yo no soy más que un poeta, bien lo veo.

Si posible fuese, señores, lo que no permita Dios, lo que por mi parte procuro evitar con todas mis fuerzas, si posible fuese que esta Asamblea aprobase la ley que se la propone, se daría, con sentimiento lo digo, se daría un doloroso espectáculo digno de parangón con la memorable jornada que os recordaba al empezar; presenciáramos una época de calma deshaciendo tranquilamente lo que de grande y de bueno, en una especie de sublime inspiración, hizo una época tempestuosa (*¡Muy bien!*); presenciáramos la violencia en el Senado contrastando con la prudencia en la plaza pública (*Bravos en la izquierda*); veríamos á los hombres de Estado ciegos y apasionados en aquello en que los hombres del pueblo se mostraron intelligen-

tes y justos. (*Murmillos en la derecha.*) Sí, inteligentes y justos. ¿Sabeis, señores, lo que hacía el pueblo de Febrero proclamando la clemencia? Cerraba las puertas de la Revolución. ¿Y sabeis lo que haceis vosotros decretando las venganzas? Las volveis á abrir. (*Movimiento prolongado.*)

Señores: esta ley, se nos dice, no tendrá efecto retroactivo; está destinada á regir sólo en lo porvenir. ¡Ah! Puesto que pronunciáis esa palabra, lo porvenir, precisamente sobre ella y su alcance os invito á reflexionar. Veamos para quién haceis esa ley; ¿lo sabeis? (*Agitación en todos los bancos.*)

Señores de la mayoría, estais en este momento victoriosos, sois los más fuertes; ¿pero estais seguros de serlo siempre? (*Prolongado rumor en la derecha.*)

No lo olvidéis; la espada de la penalidad política no pertenece á la justicia, pertenece al azar. (*La agitación redobla.*) Pasá á manos del vencedor con la fortuna. Forma parte de ese repugnante botín revolucionario que todo golpe de Estado afortunado, que todo motin triunfante encuentra en la calle y recoge al siguiente día de la victoria, y tiene de fatal esa terrible espada que todos los partidos, cada cual á su vez, están destinados á empuñarla en sus manos y á sentirla sobre sus cabezas. (*Sensación general.*)

¡Ah! Cuando combináis una de esas leyes de venganza (En la derecha: ¡No, no!) que los partidos vencedores llaman leyes de justicia en la buena fé de su fanatismo (*Movimiento*), sois muy im-

prudentes agravando los castigos y multiplicando los rigores. (*Nuevo movimiento.*) Por mi parte, yo mismo no sé, en esta época de trastorno, qué porvenir me está reservado; compadezco con fraternal piedad todas las actuales víctimas, todas las víctimas posibles de nuestros tiempos revolucionarios. Aborrezco y quisiera romper todo lo que puede servir de arma á la violencia. Ahora bien, esa ley que vosotros haceis es una ley terrible que puede tener extraños resultados; es una ley perdida, cuyas revueltas son desconocidas; ¿y sabeis en este momento en que os hablo, sabeis á quién defendiendo tal vez de vosotros? A vosotros mismos. (*Profunda sensación.*)

Sí, insisto en ello; vosotros mismos no sabeis lo que un día determinado, lo que en circunstancias posibles hará de vosotros vuestra propia ley. (*Agitación inexplicable.—Las interrupciones crecen.*)

¿Os asombra esto? ¿No creéis en mis palabras? (En la derecha: ¡No, no!) Veamos. Vosotros podreis cerrar los ojos al porvenir, ¿pero los cerrareis al pasado? El porvenir se discute, el pasado no se recusa. Pues bien, volved la cabeza, mirad algunos años atrás. Suponed que las dos revoluciones acaecidas en el espacio de 20 años hubiesen sido vencidas por la Monarquía; suponed que vuestra ley de deportacion hubiese existido entónces: Carlos X hubiera podido aplicarla á M. Thiers, y Luis Felipe á M. Odilon Barrot. (*Aplausos en la izquierda.*)

M. ODILON BARROT (*levantándose*).—Pido permiso al orador para interrumpirle.

M. VÍCTOR HUGO.—Con mucho gusto.

M. ODILON BARROT.—Yo no he conspirado nunca, he sostenido la última Monarquía; no conspiraré nunca, y la justicia que no ha podido alcanzarme en el pasado no podrá alcanzarme en el porvenir. (En la derecha: ¡Muy bien!)

M. VÍCTOR HUGO.—M. Odilon Barrot, cuyo noble carácter respeto, se ha equivocado acerca del sentido de mis palabras. Ha olvidado que en el momento en que yo hablaba, no hablaba de la justicia justa, sino de la justicia injusta, de la justicia política, de la justicia de los partidos. Ahora bien, la justicia injusta hiere al hombre justo, y podía y puede todavía herir á M. Odilon Barrot. Esto es lo que he dicho y lo sostengo. (*Reclamaciones en la derecha.*)

Cuando os hablo de los caprichos de la suerte y de todos los resultados que una ley semejante puede producir, murmurais. Pues bien, insisto todavía, y sólo os prevengo que si ahora murmurais, murmurareis contra la Historia. (*El silencio se restablece.—¡Silencio!*)

Entre todos los hombres que han dirigido el Gobierno ó dominado la opinión desde hace 60 años, no hay uno, ni uno sólo, ¿lo entendeis bien? que no haya caído ántes ó despues. Todos los nombres que recuerdan los triunfos, recuerdan tambien las catástrofes; la Historia los designa con sinónimos en que están impresas sus desgracias; todos, desde el cautivo de Olmutz, que había sido la Fayette, hasta el deportado de Santa Elena, que había sido Napoleón. (*Movimiento.*)

Oid y reflexionad. ¿Quién volvió á adquirir el Trono de Francia en 1814? El desterrado de Harwell. ¿Quién ha reinado despues de 1830? El proscrito de Reichenau, que ha vuelto á ser hoy día el expulsado de Claremont. ¿Quién gobierna en este momento? El prisionero de Ham. (*Profunda sensacion.*) ¡Despues de esto, haced leyes de proscripcion! (En la izquierda: ¡Bravo!)

¡Ah! ¡Que esto os instruya! ¡Que la leccion de los unos no sea estéril para el orgullo de los otros!

El porvenir es una construccion misteriosa que edificamos con nuestras propias manos en la oscuridad, y que debe servir más tarde para morada de todos. Llega un día en que encierra dentro de sí á los que lo han construido. ¡Ah! Puesto que lo construimos hoy para habitarlo mañana, puesto que nos espera, puesto que nos encerrará sin duda alguna, compongamos ese porvenir con lo mejor que tengamos en el alma y no con lo peor; con el amor y no con la cólera.

¡Hagámosle resplandeciente y no tenebroso! ¡Hagamos de él un palacio y no una cárcel!

Señores, la ley que se os propone es mala, bárbara é inicua. Vosotros la rechazareis. Tengo fé en vuestra sabiduría y en vuestra humanidad. Pensadlo en el momento de votar. Cuando los hombres colocan la injusticia en una ley, Dios pone en ella la justicia y hiere con la misma ley á los que la han hecho. (*Movimiento prolongado y general.*)

Una última palabra, ó, por mejor decir, un último ruego, una última súplica.

¡Ah! Creedme, me dirijo á vosotros todos, hombres de todos los partidos que os sentais en este recinto, y entre los cuales hay en todos esos bancos tantos corazones generosos y tantas grandes inteligencias; creedme, os hablo con profunda conviccion y dolor profundo: no es emplear bien nuestro tiempo el emplearlo haciendo leyes como ésta. (*¡Muy bien! ¡Es verdad!*) No es emplear bien nuestro tiempo tendernos unos á otros emboscadas, en una penalidad terrible y oscura, y ahondar para nuestros adversarios abismos de miseria y sufrimiento, en los que tal vez caeremos nosotros mismos. (*Agitacion.*)

¿Cuándo acabaremos, Dios mio, de amenazar-nos y desgarrarnos? Y, sin embargo, tenemos otras cosas de que ocuparnos. Tenemos alrededor nuestro á los trabajadores que piden talleres, á los niños que piden escuelas, á los ancianos que piden asilos, al pueblo que pide pan, á Francia que pide gloria. (En la izquierda: *¡Bravo!*—*Risás en la derecha.*)

Tenemos que extraer de las entrañas de la sociedad antigua una nueva sociedad, y por mi parte soy de aquellos que no quieren sacrificar la hija ni la madre. (*Movimiento.*) ¡Ah! No tenemos tiempo para aborrecernos. (*Nuevo movimiento.*)

El odio gasta las fuerzas; y de todos los modos de gastar fuerzas es el más malo. (*¡Muy bien! ¡Bravo!*) Reunamos, por el contrario, fraternalmente todos nuestros esfuerzos para un objeto comun, el bien del país. En lugar de levantar penosamente leyes de irritacion y animosidad, leyes que calum-

nian á los que las hacen (*Movimiento*), busquemos juntos y cordialmente la solucion del formidable problema de civilizacion que se nos impone, y que contiene, segun lo que sepamos hacer, las catástrofes fatales ó el más espléndido porvenir. (En la izquierda: *¡Bravo!*)

Somos una generacion predestinada, nos acercamos á una crisis decisiva, y tenemos mucho más grandes, mucho más espantosos deberes que nuestros padres. Nuestros padres no tenían más que servir á Francia; nosotros tenemos que salvarla. No, no tenemos tiempo para aborrecernos. (*Movimiento prolongado.*) Voto contra el proyecto de ley. (*Aclamaciones en la izquierda y aplausos prolongados.*—*Se suspende la sesion, en tanto que toda la izquierda en masa baja y felicita al orador al pié de la tribuna.*)